

SEMANARIO FAMILIAR PINTORESCO.

SUMARIO: GALERÍA DE CELEBRIDADES: Joaquín Rosini, por Oscar Comettant.—Ana Severin, por Mad. Craven.—CIENCIA FAMILIAR: Lluvia y buen tiempo, por Arturo Mangin.—Expedición al centro de la Florida. El Obiehoi, por H. de la Blanchère.—Edgardo Poe y sus obras, por J. Verne.—JAR-

DINERÍA DE SALON: Limpieza.—Borgoñon en Egipto, por A. Mery.—SECRETOS DE TOCADOR: Remedio contra la fetidez del aliento.—MODAS: Trajes para niños y otro de gran recepción.

GRABADOS: Joaquín Rosini, de fotografía. *Cirrus, cumulus, stratus et nimbus*. Aldea abandonada. Modas.

GALERÍA DE CELEBRIDADES.



JOAQUÍN ROSINI, DE FOTOGRAFÍA.

La muerte es la vida, *mors viva*, decía San Agustín.

Si esta frase sublime de esperanza, eminentemente cristiana, es cierta para el hombre oscuro que nace y muere ignorado entre la muchedumbre, ¡con qué elocuente justicia no ha de aplicarse

al hombre de génio que lega á la posteridad su alma encarnada en sus obras!

Rosini murió; pero quedan sus obras que son inmortales.

La muerte ha hecho parar los latidos de su corazón; pero su espíritu radiante animará el

mundo mientras los hombres sean sensibles á la elocuencia de la armonía, y les agrade cantar los sentimientos delicados; ha podido decirse: «La música empieza bien donde acaba la poesía.»

Contar la vida de Rosini, es ofrecer á la universal admiración el ejemplo mas prodigioso de gloria artística.

«Un gran artista, dice Stendhal, se compone de dos cosas: un alma delicada, tierna, apasionada, desdefiosa y un talento que se esfuerce en agradar á esta alma y darle goces creando nuevas bellezas.»

Algunos biógrafos han querido hacer de Rosini el descendiente de una familia patricia de Cotignola y de Lugo, cuyo primer jefe florecia á mediados del siglo décimo sexto con el nombre de Juan Rusini ó Rosini. El *Album di Roma* hizo este descubrimiento en marzo de 1861; pero tal descubrimiento era tardío, y por otra parte tiene poca importancia, pues cuando uno se llama Joaquín Rosini no tiene necesidad de antepasados ni blasones. Su nombre solo es mil veces mas grande y mejor.

Patricio ó no el padre de Rosini, José Rosini, ocupaba en Pésaro, población pequeña de la Romaña, el modesto empleo de trompeta de la villa, y de cornetín en la orquesta, cuando una compañía de cantantes iba á dar alguna función.

La madre del futuro autor del *Barbero* era una de las mujeres mas hermosas de las Marcas, uniendo á su belleza una rica y simpática voz.

Fué el 29 de febrero de 1792 cuando Rosini al hacer su entrada en la vida,—en la villa de Pésaro,—profirió la primera nota, que, como vamos á ver, tuvo un efecto mágico.

Desesperado se hallaba el pobre trompeta al ver á la hermosa Ana Guidarini en los dolores á que natura condena la maternidad; despues de invocar todos los santos del cielo, se enfureció contra ellos y rompió tres estatuitas, de yeso, de la gran familia de los bienaventurados, que adornaban su modestísima morada. Quedaba otra estatuita y ya iba José á sacrificarla como las otras, cuando un grito característico le advirtió que era padre. Deseaba un hijo, y un hijo era lo que su querida Ana le daba. Entonces pidió humildemente á los santos que le dispensaran y arengó á la estatuita escapada de sus burlescos favores en los siguientes términos: *San Giacomo, vi ringrazio! che siete il titolare della mia parrocchia in Lugo, e ci avete aiutato anche di la*. Lo cual quiere decir: Gracias, San Jaime; sois el patron

de mi parroquia en Lugo, y desde allí nos habeis ayudado.

Se ve que el padre de Rosini era un italiano que pensaba bien cuando no se encolerizaba; pero no se puede ser de la tierra del sol y artista sin tener la imaginación pronta y el corazón generoso.

Cuando el joven oficial que debia ser Napoleón I, holló la tierra italiana á la cabeza de los soldados de la República francesa, el trompeta de Pésaro se inflamó y exaltó con los grandes principios sociales que iban á inaugurar la era de la justicia en la igualdad ante la ley, y á la sazón tocó sus mas hermosos trompetazos en honra y gloria de los inmortales principios del 89. Bien iban las cosas hasta el momento en que el despotismo dió la señal de la reacción en Francia como en Italia. Entonces el malhadado trompetero perdió el empleo, aunque jamás hubiese soplado mejor en su boquilla. Para colmo de desdicha, lo denunciaron como furioso demagogo, y por esta razón lo arrojaron en la húmeda paja de los calabozos.

Hétenos aquí, pues, á la madre y al niño (Joaquín tenia apenas seis años), privados del sosten del jefe de familia y lanzados sin dinero ni cosa que lo valiera á todos los azares de una vida aventurera.

Marcharon á Bolonia. Faltaba una cantante en la compañía de la ópera. Ana no sabía música y cantaba de instinto como el ruiseñor. ¿Tendría valor para presentarse al *impresario*? ¿No le faltaría la memoria para aprender algunos papeles? ¿Era posible la dicha de obtener un *debut* y el favor del público? Dirigió una mirada á su hijo para reanimarse y fué á ofrecerse al director.

Encuentran que su voz es hermosa; y su rara inteligencia y energía consiguen lo restante. Su estreno fué afortunado y agradó como primera cantante del género bufo, que estaba en aquel tiempo muy en boga en Italia.

El buen éxito inesperado de la madre decidió del porvenir del que iba á llenar pronto el mundo con sus abundantes y arrebatadoras melodías. «A no ser la invasión de los franceses en Italia, yo habria sido probablemente boticario, quesero ó pianista», solia repetir el maestro.

Lo cierto es que mas fácil hubiese sido á Rosini hacerse boticario, quesero ó pianista, que á un boticario, quesero ó siquiera pianista, componer *Tancredi*, *Moisés*, *el Barbero*, *la Cenerentola*,

Semirámide, Otello, el Conde Ory, Guillermo Tell, el Stabat y tutti quanti.

Si os interesáis por la suerte del pobre trompetero, amigo de la declaracion de los derechos del hombre, sabed que fué reincorporado, si no en su puesto de trompeta de la villa, á lo menos en su libertad, diez meses despues de su encarcelamiento. Como éra natural fué á reunirse con su mujer y su hijo en Bolonia.

Desde aquel momento la familia Rosini se instaló en esta ciudad, que ha venido á ser como una segunda patria del maestro.

El niño Joaquín era tan ignorante como vivo é ingenioso, cuando se le dió á entender que por fin habia llegado el momento de hacerse sabio, es decir, de aprender á leer, escribir, y hasta calcular.

Recibió Rosini esta primera enseñanza, y despues quisieron sus padres que estudiase para músico, y lo entregaron á un profesor de clavicordio y á un maestro de solfeo, pero no aprendía el clavicordio ni el solfeo con esos dos primeros enseñantes.

—Eres un holgazán,—le dijo el ex-trompeta de Pésaro.

—Es muy posible,—replicó el malicioso bambino;—no tengo disposicion para la música.

—¿Pues á quien te pareces, desgraciado? No será por cierto á tu madre ni á mí que soy cornetín...

—Trompeta querrá usted decir.

—Cornetín, voto á mi nombre.

—A veces, cuando se presenta la ocasion; pero muy rara vez.

—Siempre, bribón... Pero no quiero discutir contigo. Puesto que no tienes disposicion para la música, segun me aseguras, te voy á poner á aprendiz.

El pobre Joaquín hizo una mueca, pero el padre quiso darle una leccion saludable. Lo llevó á casa de un herrero, y hélo ahí, á pesar de sus lágrimas, obligado á ceñirse el clásico mandil de cuero y replegar las mangas de la camisa hasta lo alto del brazo. ¿En qué lo ocupaban en casa del herrero? Tiraba la cuerda del fuelle de fragua y podía así estudiar á sus anchas las leyes del ritmo segun la cadencia de los martillos al dar en el yunque.

Frente del teatro *comunal* se hallaba precisamente el taller del herrero, y al ir á ese teatro el padre y los amigos del padre, no se olvidaban de echar una ojeada al antro de Vulcano para burlarse del fuellero de la fragua.

Llenaban de confusion á Joaquín esas burlas, y despues de llorar de despecho, lloró de la pena que causaba á su familia.

Algunos dias de aprendizaje y Joaquín comprendió que era tiempo de pedir perdon á su padre, tanto si era trompeta como cornetín, y aprender á tocar el clavicordio, lo cual en definitiva, valia mas que tocar el fuelle.

Perdonó el padre porque la madre habia perdonado ya. Rosini se quitó el mandil de cuero, volvió á dejar las mangas en su lugar y entró de nuevo en el redil.

Esta vez trabajó con ardor en el clavicordio, y en adelante habló siempre con deferencia de las dotes de su padre como cornetín. De modo que la trasformacion se hizo completa.

Cerca diez años tenia Joaquín cuando le dieron para profesor de clave, canto y armonía un músico mas capaz que los que antes le dieran lecciones, don Angelo Tasei; y el que se creia sin disposicion para la música, ó que sin creerlo habia osado decirlo, hizo rápidos progresos bajo la direccion de este maestro. Comprendia todo lo que este le explicaba y adivinaba lo que no se le habia explicado. Dotado de hermosa voz, lleno de inteligencia y buena voluntad, quiso aprovechar su talento de cantor, y en consecuencia rogó á su maestro que lo recomendase á los padres directores de capilla de las iglesias. Tasei se avino y Joaquín fué admitido. El dinero que ganó, por poco que fuese, contribuyó afortunadamente á los gastos de la familia, pues la madre de Rosini apenas podia cantar por haberse alterado su voz á consecuencia de una violenta afeccion á la garganta, y el buen trompeta y cornetín hallaba cada dia mas dificultad en hacer lucir su modesto talento.

Sin embargo, Joaquín que comprendia la posicion difícil de sus padres y que tenia vivos deseos de ayudarles, procuró sacar partido de su disposicion de acompañante, y tambien copió música á ejemplo de J. J. Rousseau, y se le vió (detalle generalmente ignorado) debutar en el teatro de Bolonia en un papel de niño, el Adolfito de la ópera de Paer la *Camilla*.

«Hay en esta opereta, escribe uno de los biógrafos mas recientes del maestro, don Alejo Azavedo, una escena en que el sensible niño se precipita en brazos de la heroina, la besa y le prodiga los nombres mas tiernos. Como se daba esta funcion todas las noches, y una prima donna no habria podido aguantar cada dia, este prin-

cipal papel que es muy cansado le desempeñaban por turnos dos cantantes, la una gorda, la Citadini, y la otra flaca, la Leoni. Los espectadores atentos notaban que Joaquín hacia su papel de niño sensible y acariciaba de un modo mas natural á la prima donna gorda que á la flaca.

Azevedo no da la razon de ello, pero se adivina; habia algo de querubín en el pequeño Gioachino, que toda su vida tuvo horror á lo flaco ya fuese una *donna*, ó un pollo. A ese papel de niño se limitó la carrera dramática de Rosini. A medida que fué creciendo su linda voz de soprano se fué trocando en voz de barítono espresiva y bien timbrada. Quien no haya oído el ária de *Figaro* cantada por el compositor mismo con un arranque y sentimiento maravilloso, no puede formarse cabal idea de esa incomparable inspiracion en que la verbosidad y la agudeza se han convertido en música.

OSCAR COMETTANT.

(Se continuará.)

ANA SEVERIN,

(Continuacion.)

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! exclamó el marqués cogiéndose la cabeza con las manos.

Y el mismo hombre que poco antes se esforzaba para dominar una penosa impresion, cuando creyó comprender que Guillermo habia vuelto, ahora lloraba, sí, lloraba de dolor, al saber que no volvería jamás!

La Mothe sollozaba tambien por su parte. Sin embargo, dijo al momento lo que le restaba decir.

—Al dia siguiente, calmada la tempestad, los restos del desgraciado Guillermo fueron recogidos por sus compañeros y confiados á M. de Saulny, su amigo, y despues de este, al mas jóven de la expedicion, para llevarlos á Inglaterra: él, en efecto, los habia sepultado piadosamente en el lugar mas vecino de la costa, donde se encontró un sacerdote católico para cumplir estos últimos deberes. Los papeles de que Guillermo habia sido portador, fueron desatados de su cuerpo sin vida; pero se le dejó un pequeño crucifijo que llevaba al cuello, y que tenia fuertemente agarrado con la mano derecha, postrer acto y suprema alegoría en el momento en que, faltándole las fuerzas, abandonó el cable del que pendia su vida.

Terminada esta narracion, el marqués permaneció largo rato sin movimiento, sin palabra, y en

un estado de estupor tan parecido á la desesperacion, que espantado La Mothe, dijo en seguida que, si hubiera podido sospechar que el marqués de Villiers amaba tanto á De los Aubrys, se habria guardado muy bien de contarle tan bruscamente su muerte.

V.

El Marqués pasó toda la noche en vela, presa de la mayor agitacion. Pasada la primera impresion que le habia causado el relato de la Mothe, se acordó con espanto de la mision de que estaba confiado. Las menores circunstancias de su última entrevista con el infortunado Guillermo, acudieron á su memoria; cualquier otro sentimiento era absorbido por una compasion profunda, compasion aguzada, (si me es permitido emplear esta palabra) por el remordimiento de las ideas y de los deseos, que sin duda más habia combatido que alentado en su corazon; pero con las cuales pareciale, sin embargo, haber evocado la horrible catástrofe, que estaba encargado de participar á Carlota. Maldecia la suerte extraña que, despues de haberle constituido en confidente de Guillermo, le convertia cerca de ella en mensajero de su desgracia; y sin embargo, ¿no habia aceptado esta cruel mision, no habia jurado cumplirla? Parecíale escuchar distintamente las palabras de Guillermo, que tantas veces habían resonado en sus oídos: «¡No se lo digais de repente, pues me ama, y será una terrible noticia!» El recuerdo de estas palabras es lo que le volvió en sí, haciéndole comprender la necesidad de pensar en el medio de cumplir su triste mandato del modo menos doloroso para aquella, por cuya felicidad habria sacrificado su vida.

Todo lo que acababa de oír lo sabia dentro de pocas horas todo el mundo. Ayer los periódicos ya hablaban de ello. Hoy, segun la costumbre de Londres, ¿lo gritarian los vendedores públicos? Este pensamiento le hizo estremecer; procuró serenarse, reflexionar, tomar un partido, y despues de algunas vacilaciones, se decidió al fin.

Pasó enteramente la noche. El Marqués vió salir el sol, y esperó dos horas mas. A las ocho y media próximamente bajó, abrió su escritorio, tomó de él un paquete cerrado que metió en su bolsillo, y salió.

El dia habia amanecido brillante y hermoso. Carlota estaba asomada á su ventana, mirando mas amenudo el cielo y los árboles del jardín,

que el libro que tenía en la mano. A poca distancia de ella, Luisa escribía en una mesa delante de otra ventana, desde donde se veía la puerta de entrada. La sala en que se encontraban era sencilla, espaciosa, alegre, y llevaba hasta el mayor grado, el sello que da á los lugares la fisonomía de las personas que los habitan: libros colocados en buen orden en pequeños estantes suspendidos á las paredes; un hermoso crucifijo de marfil que se destacaba sobre el papel azul claro de la sala, y colocado entre dos camitas; debajo del crucifijo un reclinatorio en el cual se podían arrodillar dos personas juntas; flores sobre la chimenea y sobre las mesas, mezclaban sus perfumes con el que llegaba del jardín: en esta habitación todo reposaba y alegraba el espíritu y la vista; era verdaderamente un lugar preparado para el estudio y la piedad, para la juventud y la dicha.

En aquel momento llamaron á la puerta.

La joven levantó la cabeza y vió entrar al Marqués, el cual dió un mensaje al criado que había ido á abrirle, despues de lo cual se arrimó á la puerta con los brazos cruzados y esperó.

Luisa tenía mucha inteligencia y sangre fría, acompañados del más completo olvido de sí misma.

Esta disposición hacía que afinase al punto y obrase con rapidez siempre que sospechaba una necesidad ó un peligro para los otros.

Así es que en este momento, apenas vió llegar al marqués de Villiers, se sintió helada de espanto. Viéndole desde su sitio, muy distintamente sin ser vista, notó su gran palidez, la alteración de sus facciones, la expresión sombría de su rostro; y estas circunstancias unidas á la hora inacostumbrada de su visita, tomaron á sus ojos una significación siniestra.

Sin embargo, supo reprimir la exclamación que iba á escaparse de sus labios...

Dos pensamientos acudieron á la vez á su espíritu. Carlota en la serenidad de su dicha, y su madre siempre enferma, padeciendo un mal que se redoblaba al menor sobresalto. Necesitaba por lo tanto recatarse de la una y la otra, si era posible.

Se levantó, en el momento de llegar el criado, y antes que este tuviera tiempo de hablar, le dijo rápidamente:

—Haced entrar al señor de Villiers en la biblioteca. Mi padre ha salido; pero bajo al instante; sobre todo, que no entre en la habitación de la señora Perseval, y que no se le avise esta visita.

—¿Qué quiere decir todo eso? preguntó entonces Carlota espantada. ¿Sin duda sabes algo que no me quieres decir?

—No, dijo Luisa, no sé absolutamente nada, te lo juro. Y se dirigió hácia la puerta.

Al llegar allí, se detuvo, é impulsada por un instinto de ternura, volvió hacia su hermana y le dijo:

—Carlota, mi querida Carlota, nada sé, pero el corazón me dice que vamos á saber una desgracia...

Roguemos á Dios que nos dé valor para todo lo que él quiera.

Abrazó á Carlota y salió de la sala.

(Se continuará.)

CIENCIA FAMILIAR.

LLUVIA Y BUEN TIEMPO.

(Continuación.)

Merced al calor que el Gulfstream comunica á las aguas del Atlántico, los vientos del noroeste y del oeste son para dichos países poco rigurosos. El noroeste es sensiblemente más húmedo que el norte, y el oeste directo más húmedo aun que el noroeste. Estos vientos no soplan largo tiempo en igual dirección; el noroeste y el oeste no suelen sentirse mas que en tiempo de borrasca, y aun á veces declinan al sudoeste ó se elevan hasta el noroeste.

De ahí vuelve este viento por el sudoeste continuando su circunferencia, y pasando por el este, el sudoeste y el sud, otros tres vientos de transición que no se sostienen mucho.

Observe usted, señora, que el viento no se desvia ni se fija al azar, sino que obedece á una *ley de rotación*. Tiene los focos ordinarios en dos puntos opuestos del horizonte: en nuestro clima estos focos están al sudoeste y al noroeste, es decir, las direcciones de los dos vientos aquí dominantes son exactamente las de los contra alisios y de los alisios. Del uno al otro pasa el viento recorriendo el horizonte, en idéntico sentido que la saetilla de un reloj al recorrer la esfera horaria: el norte corresponde á las doce; el sud á las seis. A lo menos esta es la regla; los movimientos retrógados y lo que llamamos *salto de viento*, *rohas*, etc., no son mas que la escepcion. Sentado esto, basta tener presente que el viento sudoeste es cálido, hú-

medo y lluvioso; el noroeste, seco y frío; el norte, un poco menos frío y crudo que el noroeste; el noroeste medianamente húmedo y templado; el sudeste seco y cálido; el sud, caliente y borrascoso, para deducir de la marcha de las nubes pronósticos muy seguros con tal que no se les atribuya mayor significación de la que tienen.

Conviene, sin embargo, concordar estos pronósticos con el exámen del barómetro, que en general sube en tiempo seco y baja en tiempo húmedo, y con el del termómetro que también por lo general sube cuando el barómetro baja, y baja cuando el barómetro sube.

Volveremos á la cuestión de los pronósticos, cuya solución es la que más preocupa y apasiona el ánimo. Antes debo terminar lo que me he propuesto explicarle tocante á los movimientos de la baja atmósfera.

La causa que produce los alisios da también origen á otros vientos regulares, los periódicos, tales como los *monzones* del mar de las Indias, los *etesios* del Mediterráneo, y las brisas diurnas que se observan á orillas de los mares y al pié de los montes. Esta causa es siempre la desigualdad de temperaturas, es el aire, que calentándose en un punto, se hace más ligero y por tanto se eleva aspirando el lugar que deja el de las regiones vecinas, que con más ó ménos rapidez se dirige á dicho lugar desalojado, siendo rechazado por el mismo ímpetu en movimientos de vaiven.

Pero en el nuevo orden de fenómenos que estamos considerando, la causa de que hablo ejerce alternativamente su influjo en localidades determinadas entre las cuales introduce un cambio de aire frío y caliente, seco y húmedo, cambio que corresponde á la alternativa de las estaciones ó á la del día y la noche, y cuya periodicidad varia según los climas.

Examinemos por ejemplo, el mecanismo de los monzones en la India. Durante el invierno del hemisferio boreal reina el verano en el hemisferio austral. Entonces baja la temperatura en el continente asiático, en tanto que el sol inunda con sus ardorosos rayos las regiones situadas al sud del ecuador, el Africa meridional y Australia.

Como consecuencia se establece una corriente superficial que va de las regiones más frías á las más cálidas, es decir, de sud á norte, la que desviada por la rotación de la tierra toma la dirección de noroeste á sudoeste. Es el monzon del invierno que se confunde con el alisio del noroeste.

En el verano de nuestro hemisferio el fenóme-

no sucede al revés: el Asia meridional se convierte en foco de aspiración, y el monza se confunde primero con el alisio del sudoeste, que se prolonga hasta el décimo paralelo, y luego avanzando, hacia el ecuador, se inclina gradualmente en la dirección del meridiano, y por último, cuando ha pasado la línea equinoccial se transforma sucesivamente en viento del sud, del sudeste y del sudoeste.

Los vientos *etesios* del Mediterráneo no son en cierto modo otra cosa que monzones, si bien no tienen las proporciones ni la constancia de los de la India, porque el Mediterráneo pertenece ya á la zona de los vientos variables, y solo por medio de accidentes múltiples se distingue en él la acción de un poderoso foco de calor. Este foco es el Sahara. En verano el aire se calienta mucho encima de tan vasta llanura de arena, sube en inmensa columna y produce un tiraje que se deja sentir principalmente en el este, oeste y norte, es decir, en las comarcas donde la temperatura está mas baja que en aquel desierto.

En invierno la temperatura desciende hasta en el Sahara; la cordillera del Atlas se enfria notablemente, el foco de aspiración se apaga, y el Mediterráneo entra bajo la influencia de los vientos generales. Por tanto, no hay aquí en realidad mas que *medio monzon*, porque la acción del Sahara no puede tener su contrario en nuestro continente.

Llegamos á las brisas diurnas que son también monzones, pero de corto periodo y en pequeña escala.

Tales brisas son debidas al desigual calentamiento de la tierra y del mar durante el día y la noche. Por la mañana, al salir el sol, la temperatura es sensiblemente igual en una parte y otra, pero á medida que el sol asciende sobre el horizonte, la tierra se calienta con rapidez, de donde resulta una brisa superficial que sopla del mar á la costa, y una contrabrisa superior que se conoce por la dirección de las nubes elevadas. En el momento del mayor calor del día, es decir, allá á las dos de la tarde, la brisa marina alcanza el máximo de energía; luego va menguando poco á poco hasta la noche que es cuando habiéndose enfriado el aire sobre la tierra, reina una calma de algunas horas. Durante la noche, la tierra continúa enfriándose en tanto que el mar conserva todavía el calor que ha absorbido durante el día. Entonces se eleva una brisa de tierra que barre la superficie de las olas, mientras que el

aire del mar, relativamente mas cálido, se eleva y va hácia la costa.

Fournet, profesor de la Facultad de Ciencias en Lion, ha demostrado que en los países montañosos existen brisas de día y de noche semejantes en todo á las brisas del mar. Por la mañana se forma á lo largo de las vertientes de las montañas una corriente de abajo arriba que persiste durante la mayor parte del día, pero que por la noche se reemplaza con una corriente descendente. Explica el profesor la primera por la acción calórica del sol levante sobre las vertientes y cimas de los montes, y la segunda por el calentamiento de la llanura mucho mas considerable durante el día que de noche.

Si he explicado bastante, señora, la teoría de los movimientos de la atmósfera, no debo dejar en su ánimo la menor duda. Puede resumirse toda mi teoría en dos palabras, *el calor y el frio*, ó mejor, en una sola, el calor; pues el frio no es en realidad sino una palabra que ora expresa una sensación en nuestros órganos, ora el estado relativo de un cuerpo que tiene más calor que otro.

Lo que he dicho á usted de los movimientos regulares y periódicos se aplica igualmente de la manera mas óbvia á los movimientos irregulares, á los cambios bruscos ó lentos, á todo lo que haya de caprichoso y desigual en el régimen de nuestro clima, con tal que se tengan en cuenta las causas perturbadoras accidentales que desordenan frecuentemente la marcha normal de los fenómenos, y que han hecho decir á Jamin que si la lluvia se prepara á lo lejos en los mares ecuatoriales, en cambio los accidentes locales la hacen caer y las configuraciones topográficas ocasionan la irregularidad de su distribución.

De consiguiente, todo se reduce á elevaciones y descensos de temperatura, y á absorciones y precipitaciones de vapores; si bien estos fenómenos, modificables por la naturaleza y configuración del terreno, por la abundancia ó escasez de las aguas, por la existencia ó falta de montañas y bosques, obran además unos sobre otros siendo alternativamente causas y efectos, lo cual complica terriblemente el gran problema de pronosticar el tiempo.

¿Quiere esto decir que dejemos este problema relegado á la categoría de los que rechaza la ciencia, como la cuadratura del círculo ó el movimiento continuo? No por cierto; mas para resolverlo, es preciso proceder de distinto modo que el que hasta ahora han empleado los profetas del tiem-

po. Ante todo conviene saber esperar, no con los brazos cruzados, sino acaparando con cuidado y paciencia todos los materiales del trabajo futuro, y especialmente no perdiendo de vista ni por un instante los verdaderos términos del problema, pues usted convendrá conmigo en que la primera condicion para hablar de una cosa, consiste en buscarla donde se halla.

Hace poco tiempo Biot declaraba estériles todas las investigaciones relativas á las leyes meteorológicas, porque decia que se tomaban las observaciones de *abajo* en vez de tomarlas de *arriba*. Esta frase, medianamente oscura, se ha invocado despues con harta frecuencia en apoyo de las tesis mas opuestas, interpretándola cada uno á su manera y queriendo hacerse de la grande autoridad de Biot una égida contra sus adversarios.

Lo cierto es que el aforismo del ilustre químico no puede probarnos nada, y que antes de emplearlo á guisa de argumento, sería bueno poder preguntar al que lo formuló, que «entendia decir con tales palabras.»

Evidentemente el difunto Mathieu (del Drome) habria podido decir con visos de razon, que seguia el precepto del maestro, y que tomaba la base de operaciones bastante alta, toda vez que la tomaba de la luna; pero se le habria podido replicar que no era lo suficiente, y que debía remontarse hasta el sol.

Sin embargo, Biot habla de observaciones, y por mas que se conozca que el sol es el único promotor del buen tiempo, de la lluvia, del viento y de las tempestades, como no se trata de observar la causa de los fenómenos sino estos mismos, resulta que en la tierra, es decir, *abajo*, es donde debemos fijar la atencion, y los que se obstinan en mirar la luna, ó las estrellas errantes para pronosticar, se esponen mucho á caer en algun pozo donde de fijo no encontrarán la verdad.

CAPÍTULO IV.

Un aforismo de Hipócrates.—La esperiencia y el empirismo.—Las mareas oceánicas y las atmosféricas.—El balance de la luna.—Experimento de Melloni.—Observaciones y cálculos de Park Harrison.—La luna devora nubes.—La irradiación nocturna.—La luna roja.—Juicio y fallo favorable de la luna.—Sus testigos.—Diferentes especies de nubes.—Los cirros, los cúmulos, los estratos, los nimbos y sus derivados.—La lluvia, la nieve, granizo y piedra.—Últimas palabras sobre la prevision del tiempo.—La red meteorológica.—El comandante Maury.—El almirante Fitz-Roy.—Esperanzas y desengaños.—A qué se reducen las predicciones.—El árbol y el fruto.—Conclusion.

—Sin embargo, caballero,—interrumpió la señora X***—¿está usted bien seguro de que la luna no entra por nada en los cambios de tiempo?

Le confieso que á pesar de todo mi respeto á los preceptos de la ciencia moderna, no puedo negar algun crédito á tantos testimonios como desde muchos siglos hasta hoy están acordes en atribuir á la luna la mayor parte de las alternativas de lluvia y buen tiempo. Los labradores, los marineros están unánimes en este punto, y no puede usted negar que tienen en su favor la experiencia.

—*Ars longa, experientia fallax*, querida señora.

—No sé mas latin que griego, señor, aunque creo comprender que usted dice arte largo, experiencia engañosa...

—No soy yo quien lo dice, sino Hipócrates, y lo ha traducido usted fielmente. Sí, señora: la experiencia es engañosa cuando no se apoya en el razonamiento; llámase entonces *empirismo*, con-



Cirrus, cumulus, stratus et nimbus.

funde la regla con la escepcion, el accidente, con la ley; generaliza antes de analizar; toma meras coincidencias por causas y efectos. Esa falsa experiencia es fuente de todos los errores, de todas las preocupaciones en que se obstina el vulgo.

—Vamos, vamos, no se enfade usted; no le hablaré mas de la luna.

—Señora, me injuria usted. ¿Crée acaso que la luna me da miedo? He indicado que desvanecería á usted ilusiones relativamente á ese astro, y que lo reduciría á su justo valor. Ha llegado el momento de cumplir mi promesa. Sírvasse usted decirme de que manera imagina que la luna pueda influir en la atmósfera.

—Del mismo modo que influye en el mar. ¿No produce la luna las mareas? Pues si tiene suficiente fuerza para desalojar con su atraccion las aguas del Océano, ¿por qué no desalojará del mismo modo el aire que es mucho mas ligero?

—En otros términos, ¿me pregunta usted, señora, por qué no ha de haber mareas atmosféricas?

—Usted lo ha dicho.

—Pues bien, señora, realmente hay mareas atmosféricas; pero sin ninguna relacion con el tiempo que hace durante el período de una á otra fase.

(Se continuará.)

EXPEDICION AL CENTRO DE LA FLORIDA.

EL OKICHOBI.

(Continuación.)



Aldea abandonada.

CAPÍTULO X.

LA GRAN PRADERA.

¿Cómo dar á comprender al lector europeo el aspecto de aquellas praderas, que se extienden desde sus piés hasta más allá del horizonte rodeándole por todos lados con su imponente y grandiosa monotonía?

No son las estepas asiáticas; no son tampoco las pampas de la América del Sud: son las grandes praderas, (1) y está dicho todo...

(1) Es sensible que nuestra lengua, tan rica, haya de quedar rezagada en el camino de las ciencias y estudios moder-

En tales praderas interviene un elemento especial, el agua, que en todas partes se siente, aun allí donde no se la ve. Lagunas, charcos, aguazales, arroyos, pastos, bosques, todo está mezclado y junto, intrincado, plano no obstante, extraño por doquier, abundante y raquítico á la par.

El terreno, por decirlo así, no está firme y sólido más que en ciertos parajes, que es menester

nos que se ensanchan cada día. Esta palabra pradera no tiene en los diccionarios españoles el sentido que aquí le damos; mas tampoco la tenía en los idiomas cultos, y sin embargo han adoptado esa acepción. Por esta razón la adoptamos sin temor del neologismo, porque nos pareció necesaria. — (El T. aductor.)

adivinar por una especie de husmo, de costumbre, so pena de perderse y desviarse en interminables hondonadas llenas de lagunajos.

Casi por todas partes la tierra rechaza los piés, como si rebotasen, ó aquella estuviese en equilibrio sobre turberas inmensas.

Con efecto, la corteza sólida es absolutamente superficial, y debajo de ella todo es pantanoso por doquiera.

Pero lo más sorprendente y admirable de aquellas soledades es la espléndida vegetación que las puebla. Por todas partes se oculta literalmente el suelo bajo una masa dilatadísima de plantas florecientes.

Observa el escritor Poussielgue en su *Viaje á la Florida*, que en América las flores de las praderas revisten todas las tintas y matices del color rojo, desde el oscuro bermejo y brillante púrpura, hasta el encarnado más pálido y el color de rosa más fresco y suave. Sabemos que en Europa la mayor parte de las flores de nuestros prados son al contrario amarillas y blancas.

No solamente está invadido el terreno por las yerbas, sino también por soberbias plantas vivaces que se presentan á cada instante al paso de nuestros viajeros, y son las gencianas (1) de rosadas flores en mazorca; las lobelias (2) con sus racimos purpúreos, las malvas (3) vellosas, cuyas flores blancas ostentan un corazón rojo; también aquí el color rojo, en todas partes este color, conforme la singular observación que indicábamos hace poco. Igualmente se ven pancracios, (4) cuyos elevados tallos terminan en flores encarnadas y blancas con manchitas negras, esparramando un suave olor de vainilla.

Mas las plantas que dan á las grandes praderas un aspecto especialmente particular, son las asclepias (5) ó las plantas de la seda que cubren inmensos espacios de terreno con sus semillas de penacho lanoso.

Nuestros tres viajeros avanzaban dirigiendo su marcha con prudencia por entre las corrientes y charcas de agua, y encaminándose á unos medanos bajos de arena blanca que cerraban el paso, al parecer, á la otra parte de las lagunas.

(1) *Chirona pulcherrima*.

(2) *Lobelia cardinalis*.

(3) *Mibitus palmatus*.

(4) *Pancratium speciosum*.

(5) *Asclepias syriaca*.

Hay gencianas que tienen flores de otros colores que los indicados por el Autor. (El Traductor.)

Cuanto más se acercaban á dichos montecillos de arena, tanto más dificultoso hacían el camino los palmitos, los pinos achaparrados, los naranjos silvestres con sus agujones, y otros mil arbustos espinosos.

Añádase á eso las hojas aceradas de las pitas, las plantas crasas de mil formas, el cacto ó nopal (1) la mamilaria que cubren los movedizos bordes de los medanos ó dunas, y se tendrá una idea de los esfuerzos y cuidados que exigía semejante vegetación para abrirse paso, aun cuando las flores de zinia, los claveles de India y los pensamientos se ostentasen por doquiera en aquel terreno.

Para arrostrar las dificultades de aquellos desiertos es preciso vestir un traje especial, y á tal objeto nuestros tres americanos llevan un vestido sólido y resistente de la llamada *piel de topo*, especie de pana que resiste toda clase de espinas; calzan las altas botas impermeables que suben hasta la cintura, y llevan la mochila del viajero pedestre inglés ó yankee.

Si abriésemos esa mochila no hallaríamos mas que lo estrictamente necesario en prendas de vestir; pero en cambio veríamos grande provision de pólvora y plomo en balas y postas.

En el cinto de cada uno de esos tres hombres brillan dos revólvers y un largo cuchillo de monte; á la espalda una admirable carabina de dos cañones rayados, el famoso rifle, cuya bala es siempre mortal en manos de un norte-americano.

Iban caminando con el paso medurado propio de los cazadores y viajeros de profesión, tanteando el terreno con sus largos palos con contera de hierro, semejantes á los que se llevan en Europa para subir á los montes elevados. Esos útiles les sirven también para salvar los charcos y brazos de río que á cada instante obstruyen el paso.

Sobre las mochilas se ostentan algunas cabezas de caza que han matado por el camino; algunos gallos de collar cuelgan de las patas, en compañía de un señor mono despellejado, que aguarda los preparativos de una succulenta cena en la que hará todo el gasto.

A medida que avanzan por la pradera se van

(1) No se confunda la especie *nopal* que es originaria de las Américas, con la *higuera chumba*, que aunque pertenece al mismo género de las cácteas es procedente de las regiones cálidas del antiguo continente. El nopal sirve para la alimentación y cultivo de la cochinilla, lo mismo en Méjico, de donde proviene, que en las islas Canarias y algunos puntos de Andalucía donde se ha aclimatado tan precioso insecto. (El Traductor.)

presentando con mas frecuencia mil canales de agua muerta, especie de fosos llenos hasta los bordes que desparraman sus aguas en delgada capa por los terrenos circundantes empapados ya, y que por consiguiente la arrojan lejos de ellos.

—Rufo, — dice Saunderson Beines; — así me perdone Dios como creo que hemos andado hoy unas quince leguas buenas.

—Lo mismo creo, pues mi odómetro indica esa distancia recorrida. Pero hablando de otra cosa, el aspecto del terreno nos anuncia la proximidad del lago. Vamos hacia el agua, ó por mejor decir el agua nos sale á recibir.

—Maldita agua... —repuso Halley; —en verdad encontramos demasiada.

—¿No es verdad? sobre todo para acostarnos...

—¡Pardiez!... ¿y tendremos que encaramarnos esta noche á los árboles para dormir como mochuelos lo mismo que la noche pasada?

—Lo temo, amigo Rufo.

—Yo tambien... nos hallamos en terreno propio para cocodrilos... Es preciso ser anfibio para vivir aquí.

—Paciencia, amigo Halley... Tres días mas de sufrir, y veremos este famoso lago inaccesible. Llegaremos mas pronto por aquí que el imbécil español por el este.

—Es evidente, Saunderson.

—¡Canastos! el terreno es cada vez mas blando.

—¡Bah!... adelante!

—¡Atención, Rufo!... ahí tienes un soberbio animal...

—¿Dónde?

—Ahí cerca... ¿Lo ves acostado en esa torrentera precisamente en mitad de nuestro camino?... Duerme.

—¡Ah! ¿Con qué el bribon duerme?... no tendrá mal sueño.

Dos balas van á hundirse á raíz de la espalda y pasan de parte á parte al animal que dormía.

—¿Qué tal?

—¡Oh! parece que no le gusta el juego... Se estremece y se retuerce.

—¿Y luego? —repuso Saunderson.

—No se mueve ya.

—Vamos á ver.

—Yace inmóvil en el lodo...

—¡No lo toqueis, por Dios!... No conoceis á esos animalitos... veo que Rufo iba á echársele encima y sin recelo habría puesto el pié en su

lomo... ¡Desgraciado! un aligador no ha muerto hasta que se pudre.

—¿Crees que no está muerto?

—Pronto lo veremos.

Rufo retrocede, y acercándose á un magnolia secular desgaja una rama y la echa al animal...

Al instante, como movidas por un resorte se abren las enormes mandíbulas del aligador, la enorme cola barre la rama y la arroja á las horribles fauces que la reducen á pedazos con espantoso furor... Los leonados ojos del reptil brillan como carbunclos y lanzan miradas rápidas á cada uno de sus tres enemigos...

Por un momento los tres quedaron inmóviles de asombro ante una resurreccion tan inesperada; el mónstruo habría podido vengarse.

Un minuto despues le entraba una bala por el ojo y le atravesaba el cerebro. El reptil se agitaba patas arriba dando mugidos horribles y silbando con espantosa violencia...

Halley desenvainó el cuchillo y le partió el vientre... Junto á la garganta salieron dos glándulas que exhalaban un olor como de almizcle que apesó el aire en torno de los cazadores... La fiera había muerto.

—Mídelo, —dijo Saunderson.

—Tiene diez plés de largo, —respondió Halley.

—Queridos amigos, no es un aligador, tampoco es un caiman lo que hemos muerto. Miradle los colmillos parecidos á los del jabalí: de la mandíbula inferior salen por un agujero de la superior... Hemos matado un cocodrilo (1).

—¡Imposible!

—Es mas raro que las otras especies; pero se ha encontrado ya otro ejemplar.

—¡Ea, en marcha! nos divertimos, y esta carroña no sirve para nada.

—Sin contar que es siempre peligroso disparar los fusiles en medio de la Gran Pradera á menos de absoluta necesidad... No se sabe quien puede oírlos.

—¿Qué nos importa eso á nosotros?

—¿Y los indios?

—¡Bah! ¿todavía piensas en los indios? los yankees no los temen... Y además, muy pocos deben quedar: nuestra nacion los ha exterminado por completo.

—¡Ojalá! pero bien pudiera ser que te equivocases como respecto del cocodrilo que hemos encontrado, Halley...

(1) *Crocodylus mutus*.

—¿Por qué?

—Los damos por muertos, y siempre aparecen algunos que pueden hacer mucho daño.

—Pues una bala en el ojo y Cristo con todos.

—¡Dios te oiga!

—Amen.

(Se continuará.)

EDGARDO POE Y SUS OBRAS.

(Continuación.)

CAPÍTULO III.

El Chasco del Globo.—Aventuras de un tal Hans Pfaall.—Manuscrito encontrado en una botella.—Bajar al Maelstrom.—La verdad sobre el caso del señor Valdemar.—El gato negro.—El hombre de las muchedumbres.—La caída de la casa Usher.—La semana de los tres domingos.

Llegamos ahora al *Chasco del Globo*.

En pocas líneas os diré que se trata de una travesía del Atlántico, hecha en tres días por ocho personas.

Apareció por vez primera el relato de este viaje en el *New York Sun*, siendo muchos los que lo creyeron efectuado sin siquiera haberlo leído; los medios mecánicos indicados por Poe, el tornillo de Arquímedes que sirve de propulsor, y el gobernable son de todo punto insuficientes para dirigir un globo aereostático.

Salieron de Inglaterra los aereonatas con la intención de dirigirse á París; pero se vieron arrastrados al Nuevo continente hasta la isla Sullivan, elevándose durante la travesía á 25,000 piés.

La novela es corta y reproduce los incidentes del viaje con mas estrañeza que verosimilitud.

Debo ante todo apresurarme á decir que en ella conculca Poe intrépidamente las leyes mas elementales de física y mecánica, cosa que me asombra en gran manera tratándose de Poe, que por medio de algunas ficciones, fundadas en principios científicos, habría podido hacer mas verosímil su relato.

Mas como al fin y al cabo se trata de un viaje á la luna, no hay que mostrarse meticuloso sobre los medios de transporte.

Ese Hans Pfaall era un criminal insensato, una especie de asesino soñador, que para no pagar sus deudas, resolvió marcharse á la luna.

Cierta mañana salió de Rotterdam, despues de

tomar la sana precaucion de hacer volar á todos sus acreedores por medio de una mina cargada y dispuesto al efecto.

Debo decir ahora como llevó á cabo el caballero Pfaall este viaje imposible.

Para las necesidades de su vida hinchó su globo de un gas inventado por él, y que era el resultado de la combinacion de cierta sustancia metálica ó semimetálica, y de un ácido muy comun.

Dicho gas es una de las partes constitutivas del ázoe considerado hasta entonces como irreductible, y su densidad es treinta y siete veces menor que el hidrógeno.

Hetenos ahí, pues, físicamente hablando, en el dominio de la fantasía pura; mas no acaba aquí todo.

Sabeis que la presión del aire es la que hace subir un aereóstato.

Llegado á los límites superiores de la atmósfera, á unas seis mil toesas próximamente, un globo que á tal altura pudiese subir, se pararía de repente, y ninguna fuerza humana podría hacerlo elevar mas.

Pero Pfaall, ó por mejor decir, Poe mismo, entra aquí en estrañas discusiones, para probar que mas arriba de las capas de aire existe una atmósfera etérea.

Tales discusiones se hacen con un desenfado y calma dignos de la verdad, aduciendo los argumentos de principios mas ó menos falsos con el rigor mas ilógico.

En suma, el autor llega á sacar en consecuencia la probabilidad de «que en ningún período de su ascension llegaría á un punto en que el peso reunido de su inmenso globo, del gas imponderablemente raro que encerraba, de la barquilla y su contenido, pudiesen igualar el de la atmósfera ambiente desalojada.»

Véase, pues, el punto de partida; y no es esto todo; porque efectivamente no basta subir y bajar tan solo, es forzoso respirar.

Para ello lleva Pfaall cierto aparato destinado á condensar la atmósfera respirable, por rara que sea, en suficiente cantidad para las necesidades de la respiracion.

De consiguiente, tenemos que será preciso condensar un aire para alimentar los pulmones, que, sin embargo, en su estado natural será bastante denso para elevar el globo.

Comprendemos desde luego la contradicción de estos asertos, y no insistiré mas en ello.

Por otra parte, admitido ya el punto de partida, el viaje de Pfaall es maravilloso, lleno de observaciones inesperadas, cuajado de reflexiones singulares.

Arrastra consigo el aereonauta á su lector elevándolo por las altas regiones del aire; atraviesa velozmente una nube borrascosa; á una altura de nueve millas y media le parece que sus ojos, que la presión atmosférica no mantiene ya, saltan fuera de sus órbitas, y que los objetos contenidos en la barquilla se presentan bajo una forma monstruosa y falsa.

Sigue elevándose y elevándose; le da espasmo; se ve precisado á darse una sangría con su cortaplumas, lo cual le procura un alivio inmediato.

«A unas diez y siete millas de elevación,—dice Pfaall,—era verdaderamente magnífico el aspecto de la tierra. Al oeste, al norte, al sud y á tan larga distancia como podía alcanzar mi vista se extendía una llanura ilimitada de mar, en apariencia inmóvil, que á cada segundo tomaba un matiz azul mas oscuro.

»A una inmensa distancia hacía el este se destacaban muy distintamente las Islas Británicas, las costas occidentales de Francia y España, así como una pequeña porción de la parte septentrional del continente africano.

»Imposible era descubrir el menor vestigio de edificios particulares, y las ciudades mas orgullosas de la humanidad habían desaparecido absolutamente de la faz de la tierra.»

Pronto alcanza Pfaall una altura de 25 millas y su mirada no abarcaba menos de la tricentésima vigésima parte de la superficie de la tierra.

Instala entonces su aparato de condensación: se encierra él y su barquilla toda en un verdadero saco de cauchue, en donde condensa la atmósfera, é inventa un aparato ingenioso, por medio del cual le caen en la cara unas gotas de agua que lo despierta á cada hora á fin de renovar el aire viciado en aquel angosto espacio.

Desde allí traza el diario de su viaje.

Habia salido el 1.º de abril, y el 6 se encuentra encima del polo, cuyos inmensos aludes y témpanos de hielo contempla, viendo ensancharse sensiblemente su horizonte á causa del aplanamiento de la tierra en dicho punto.

El 7 calcula su elevación en 7,254 millas, teniendo á la vista la totalidad del mayor diámetro terrestre, con el ecuador por horizonte.

(Se continuará.)

JARDINERÍA DE SALON.

(Continuación.)

LIMPIEZA.

Propiamente hablando, las plantas en los aposentos no tienen mas que un enemigo, el polvo, que no puede evitarse desde el momento en que se efectúan los quehaceres de la casa.

Las plantas que, como las camelias y rododendros tienen el follaje asaz ancho y sólido, se las debe limpiar á lo menos dos veces á la semana hoja por hoja, con una esponja suave ligeramente mojada.

Para las que tienen el follaje demasiado dividido ó de hojas muy menudas, se procede de otra manera: se llena de agua templada una regadera de chorro muy dividido en agujeritos finos; cada maceta se coloca inclinada sobre la piedra en que se echa el agua, y se hace caer sobre la planta una lluvia desde regular altura, y se la vuelve en todos sentidos hasta haberla limpiado.

De esta manera evitarás mojar con exceso la tierra de las macetas, y las plantas se librarán perfectamente del polvo, que no pocas veces es causa de que se marchiten sin dar flores, después de una existencia enfermiza ó inútil.

Los cuidados generales que acabamos de exponer para el cultivo de las plantas de salon, son aplicables á todas las que puedan criarse fuera de los campos.

(Se continuará.)

BORGOÑON EN EGIPTO.

(Continuación.)

—¿Algun tierno recuerdo de la patria?—dijo el padre con maliciosa sonrisa.

—Un nombre que quisiera grabar mas alto,—replicó el húsar con lentitud;—pero es forzoso contentarse con la página que se tiene á mano, cuando se quiere escribir el testamento la víspera de una batalla.

Miró el padre fijamente al húsar y reflexionó para adivinar el sentido de la frase.

En tanto que hablaban nuestros personajes hacían honor á los sorbetes y dulces.

La retreta de Berchigny llegó oportunamente en auxilio del húsar, que se moría de impaciencia, aguardando el misterioso motivo de la ne-

gativa. Levantóse vivamente, y ofreciendo con perfecta galantería el brazo á la jóven viuda, le dijo:

—Tendré el honor de que usted me acompañe hasta la puerta; necesito un guía en la oscuridad de este jardín.

Estrechó la mano á los dos caballeros y salió del kiosco con una precipitación muy natural á los ojos de aquellos.

El conde Humberto y su sobrino continuaron refrescando.

—¿La negativa motivada?—dijo el húsar al oído de la marquesa en tono de interrogación.

—¡Dios mío! ¿que me pide usted?—dijo la jóven;—está demasiado oscuro bajo estos seculares sicomoros, y tengo miedo... Aguardemos la luz... esperemos á mañana.

—Señora, no hay mañana para un soldado.

—Pero lo hay para el matrimonio,—replicó la marquesa,—y este mañana es con frecuencia un pesar. Mañana es una palabra que la mujer debiera tener siempre en los labios, cuando se le presenta un marido. Mañana será la palabra de toda mi vida: yo siempre permaneceré en el hoy.

—Señora, yo creo,—repuso el conde,—comprender mejor los deberes del momento; la nobleza cometió muchas faltas antes del 89: es preciso que dé el buen ejemplo despues del 93. Es un desquite del honor. El cadalso y la guerra han despoblado la Francia. Antes del 89 el celibato era un vicio permitido, desde el 93 á esta parte es un crimen. Quiero casarme.

—Bien está; nada mas fácil,—dijo la jóven con suave sonrisa;—jóvenes cristianas hay en todas partes. En Oriente consiste en la religion la mejor nobleza. Existen en el Líbano mujeres drusas que descienden de los compañeros de S. Luis. No contraería usted una alianza indigna.

—¿Es este, señora,—replicó el jóven,—el motivo de la negativa?

Habian llegado á la puerta del jardín donde habia un claro luminoso porque los rayos de las primeras estrellas no encontraban ya las bóvedas de árboles. La hermosa viuda miró el cielo, suspiró y dijo:

—Ahora tengo mas valor; las santas estrellas me dan el ánimo para hablar... Señor conde..., á diez y seis años era yo viuda... hace ya seis años... Pues bien, á pesar de mi ligereza aparente, á pesar de mi fingida alegría, soy una viuda de ayer. La sangre del cadalso corre toda-

vía por mi guirnalda de novia; el grito de muerte de mi marido resuena todavía á mis oídos y se mezcla con el ruido de las ruedas de la carreta en que el verdugo llevaba á los sentenciados. No me juzgue usted por la vida de mis días pasados á la luz: no conocería usted á la mujer. Todas las noches reanudo el mismo sueño..., sueño horrible que encanecerá mis pobres cabellos antes de tiempo... Veo al noble realista, pálido como espectro, con su rojo sudario, acercarse á mí dejando caer en mis manos su cabeza que me mira con ojos llenos de vida... ¡Oh!... este es el motivo de mi negativa, señor conde.

El noble húsar que no habia temblado en veinte batallas, tuvo que afirmarse sobre sus piés, como hace el bisonio al oír el primer silbido de las balas, el día de su bautismo de fuego.

Avergonzado de aquel momento de flaqueza, tomó las manos de la jóven, las estrechó respetuosamente, y con voz casi apagada murmuró:

—Yo tambien tengo el mismo sueño; la sangre de mi padre corre siempre á mis piés: busco los medios de distraerme, señora...

—Y yo, caballero,—interrumpió la marquesa,—no los busco, quiero vivir de tales recuerdos.

—Pues bien, señora,—repuso el jóven conmovido hasta el punto de saltarle las lágrimas,—confundamos nuestros recuerdos y sueños de sangre. Seremos mas fuertes para no olvidarnos...

—Imposible, señor conde; tengo el egoismo del sufrimiento y no quiero compartirlo.

Y dichas estas palabras saludó ligeramente con la cabeza, y fué á perderse en la oscuridad de los árboles cercanos.

Permaneció inmóvil algunos momentos el pobre húsar, en el umbral del jardín; luego se alejó lentamente como si aun no hubiese sonado á lo lejos el toque de retreta.

CAPITULO III.

LOS JABALÍES DE EGIPTO.

La orden del día á la mañana siguiente no anunciaba la marcha de la division Desaix para el Egipto superior, y el húsar Borgoñon obtuvo facilmente permiso para visitar las pirámides. Tomó por tanto un asnero en Boulak segun consejo de sus compatriotas emigrados, y al salir el sol se hallaba en Sakkara.

En la via de Guisé se encuentra una selva de árboles de la familia de las mimosas. Allí el sen-

dero abunda en ramas espinosas y tallos inflexibles como hojas de nopales. Es un paraje desierto y muy agreste donde pueden cometerse con impunidad el robo y el asesinato. El joven iba á pié acechando las emboscadas con la mano en el pomo del sable. El verdadero valor es prudente.

Una escena estraña que debia tener influencia decisiva sobre el destino del conde Máximo, iba á suceder en aquella selva de mimosas; una escena que pareceria fabulosa si más de treinta viajeros no atestiguanen su increíble verdad.

Oyó el joven un gran ruido de hojas chillonas, á la derecha del sendero, y se paró en actitud de aguardar el peligro.

Su conductor, el árabe, se encogió de hombros, sonrió con cierta gravedad, y tendió el brazo en la direccion de Guisé, como si en signos hubiese querido decir: Sigamos nuestro camino sin hacer caso de este ruido: no es nada.

Lejos de tranquilizar al jóven esa pantomima, le probó la complicidad del árabe, desenvainó en el acto el sable, resuelto á vender cara su vida á los piratas del mar de arena.

Al propio instante dos enormes jabalíes salieron de la espesura, lanzando gruñidos siniestros y enseñando los colmillos leoninos del mas aguzado marfil.

El conde Máximo entendia en jabalíes. En los sosegados dias de la monarquía habia tomado parte en las grandes cacerías reales; y mas de cien veces habia provocado la fiera en su refugio, viendo sus perros *descosidos* por el animal; pero en esos combates de monstruo á hombre, iba provisto de precauciones de ataque y defensa; luchaba en compañía de numerosos cazadores y se reía del peligro en medio de la embriagadora música de los ladridos de los perros.

Pero esta vez el encuentro mudaba de especie. Era el cazador quien se veía atacado en su camino por una manada de jabalíes.

Por valeroso, estóico ó fanfarron que uno sea, hay peligros que dan miedo en más ó menos grados.

El húsar sintió un estremecimiento de miedo perdonable puesto que el número de jabalíes que tenia enfrente se habia elevado á diez y siete. Uno solo habria sido suficiente. La hermosa cacería de Rubens no cuenta mas, y el gran pintor espresa el miedo supremo en el rostro de numerosos cazadores.

Mientras tanto el húsar se habia arrimado de espaldas al tronco de un árbol, y aguardaba el

enemigo teniendo la punta del sable á la altura del hocico de un jabalí.

—Eso no impedirá quedar *descosido*,—murmuraba;—pero me defenderé firme hasta morir.

La manada de jabalíes formó un semicírculo delante del húsar entonando un coro de gruñidos como sucede con un auditorio inglés, en un *meeting*, delante de un orador impopular. Los pelos se les erizaban como las puas de un erizo: los hocicos parecian otras tantas cabezas de Medusa; los colmillos de marfil se aguzaban en la arena, para mejor *descoser* la caza humana.

El árabe levantó el palo y acometió á la manada de jabalíes con admirable impetuosidad, distribuyendo palos á diestro y siniestro como lo habria hecho un pastor de cerdos con su manada, en un campo de hortalizas invadido por glotones indisciplinados. El conde Máximo admirado de ese valor sobrenatural y la incomprensible acometida, no se atrevió á valerse del sable como el árabe del palo: esperaba á cada instante ver á ese valiente hecho pedazos por los colmillos de las diez y siete fieras. ¡Pero cosa increíble! la manada redobló los gruñidos, pero cedió poco á poco el terreno delante del terrible asnero que operaba un nuevo milagro en aquella tierra de los prodigios.

Cumplida tal hazaña como un hecho natural, el árabe hizo al húsar el signo que quiere decir: Sigamos nuestro camino, no hay riesgo. El conde estrechó las manos de su estraño salvador, quien recibió muy friamente esa demostracion de gratitud económica.

(Se continuará.)

SECRETOS DE TOCADOR.

REMEDIO CONTRA LA FETIDEZ DEL ALIENTO.

En un litro de vino blanco, disuélvase 16 gramos de incienso, 16 de benjui y otros 16 de goma arábica; añádanse 4 gramos de nuez moscada, y otro tanto de vainilla, iris y clavo, todo ello reducido á polvo.—Se deja en infusion durante cinco ó seis dias, y luego se le añade un litro de agua de rosas y un poco de almizcle.—Durante una semana remuévase varias veces al dia, y luego fíltrese: con este licor se lava la boca al acostarse y al levantarse.

MODAS.

Traje para niña de siete á nueve años.—Tela céfiro azul marino, guarnecido con un volante plegado, con bieses de la misma tela y con banda bordada, de cinco centímetros de ancho. Los bordados se hacen con algodón blanco, azul y

rojo. Lazos de cinta de raso y botones de nácar blanco.

Traje para jóven de doce años.—De percal ó lana clara. Po: delante va cerrado con botones grandes y forma pliegues largos festoneados con una rucha. Por abajo plegado á la escocesa y gran lazo de rayas más oscuras que la tela: gran cue-



Modas.

llo vuelto, mangas largas con vueltas, adornadas con botones.

Traje de baile y gran recepcion, de faya rojo cereza y faya gris perla.—Falda con cola cuadrada en faya gris perla, formando canales en lo bajo del delantero adornado con un plegado.—Segunda falda de faya rojo cereza, forma paniers, que cae sobre la cola: delante gran fleco con faja anu-

dada.—Cuerpo muy largo en pekin cereza que se abre sobre un chaleco gris perla abullonado, con adornos de encaje y escote cuadrado.—Manga corta de faya con vueltas de encaje. Cinturon de raso.

Este traje sienta mejor á las morenas.

Derechos reservados.

EDITOR, SALVADOR MANERO.

SUSCRICION Y VENTA, LEONA, 13. ADMINISTRACION, LAURIA, 82, BARCELONA.

Imp. de Manero.